

La cultura del Renacimiento en España

El Humanismo ⁽¹⁾

Humanismo y humanidades son palabras de hondo sentido en el Renacimiento, y esenciales para entenderlo cabalmente. Género humano, en su unidad; bondad y cortesía; estudios de las artes liberales, todo eso es humanidad y humanidades. Para la época del Renacimiento era todo eso a través de las letras griegas y latinas, prodigiosamente restauradas y haciendo de ellas, tal vez sin proponérselo, la luz guiadora por los nuevos caminos que el hombre había de transitar. Era necesaria luz ajena para aprender a mirar en un mundo que se ofrecía de pronto ampliado y nuevo, presa magnífica para la ambición del entendimiento humano.

Los textos clásicos restaurados y difundidos por la naciente imprenta eran el instrumento de la renovación renacentista. Los artífices, los humanistas, “esa legión de cien cabezas” y de cien aspectos, que, pluma en mano, dan un nuevo rumbo a la historia del mundo.

Nace una nueva época, cuando sus artesanos miraban boquiabiertos un mundo arqueológico.

Porque fue una época fecunda llena de antinomias, que, desde un punto de vista vital, no lo fueron.

Hé aquí algunas: Imitación servil de la antigüedad, cuando estaba naciendo una nueva cultura; fe ciega en el libro clásico, cuando se iniciaban las ciencias de observa-

(1) Extracto de la conferencia pronunciada sobre este tema en el curso sobre “La cultura del Renacimiento en España”. Bogotá, 1941.

ción; exaltación de las lenguas sabias y menosprecio irreprimible por el habla popular, cuando surgen las grandes literaturas italiana, española, inglesa y francesa, en lengua vulgar; restauración e imitación del paganismo, en los momentos en que la fe cristiana alcanza más dramática y profunda espiritualización; desprecio del pueblo —vulgo— cuando se rompe la jerarquización social de la Edad Media, dando paso al individuo, sin que importe su origen, y entrega, por último, a los valores terrenos, meramente humanos, cuando con más sublime serenidad iluminada se ofrenda la vida en testimonio de una convicción religiosa.

Y bajo esas antinomias realizaron los humanistas su obra gigantesca. No en Italia sólo, porque el Renacimiento fue una obra colectiva del Occidente, impulsada por esa “inmensa minoría” de los humanistas.

Poco conocida la aportación de los humanistas españoles, figura dignamente en el cuadro general de la época, con caracteres propios y firmes. Con un sentido orgánico y fecundo, lleno de clásica ponderación; con una sagaz intuición del valor instrumental de la cultura clásica; con un raro espíritu nacional, explicable por el momento político que fue para España el siglo XVI; con un prodigioso aporte a la lengua y literatura vernáculas, que, sin esa previa elaboración humanística, hubiera nacido sólo por milagroso y mágico acaecimiento; y con una noble serie de personalidades, de perfiles tan recios y firmes como quizá no se den en muchos de los italianos desbordados, a veces, en desiguales rasgos de su espíritu inquieto.

La influencia italiana que suscita en España, como en los demás países de Europa, el ímpetu renacentista, venía a una tierra de elevada tradición intelectual. San Isidoro de Sevilla representa el engarce del mundo antiguo con la Edad Media. Alfonso el Sabio, la aportación de la cultura que de Oriente transportan los árabes a las escuelas europeas, y un inicial y maravilloso, en su fresca ingenuidad, florecimiento de la prosa castellana. Alfonso de Aragón en Nápoles, el mecenazgo español para la cultura renacentista.

La corte de los Reyes Católicos fue el cálido hogar que la recibe a través de humanistas italianos. (Un Geraldini, Pe-

dro mártir de Angleria) y el joven príncipe D. Juan, muerto en tan tiernos años y llevándose tantas esperanzas, el ejemplo de la educación renacentista en los personajes de calidad.

El triunfo del humanismo lo representa la ilustre figura del maestro Elio Antonio de Nebrija (1445-1522), nombre latinizado de Antonio Martínez Joraba, que después de haber permanecido largos años en Italia —fue colegial de San Clemente, el viejo colegio español de Bolonia— y trajo, multiplicado por su entero carácter, el ímpetu de la nueva cultura. Latinista prodigioso, profesó humanidades en Alcalá y Salamanca, pudiendo con más justicia que modestia escribir:

“Fue aquella mi doctrina tan noble, que aun por testimonio de los envidiosos y confesión de mis enemigos, todo aquesto se me otorga: que yo fui el primero que abría tienda de la lengua latina y osé poner pendón para nuevos preceptos... y que ya casi de todo punto desarraigué de toda España los Doctrinales, los Peros Elías y otros nombres aún más duros, como los Galteros, los Elvardos, Pastranas y otros no se qué apostizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados. Y que si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se habla de latín, todo aquello se ha de referir a mí. Es, por cierto, tan grande el galardón deste mi trabajo, que en este género de letras otro mayor no se puede pensar”.

Con su “Arte de la lengua castellana” inaugura la filología románica, por ser la primera gramática compuesta de una lengua vulgar. Poeta latino no inferior a los elegantes italianos, compuso una noble “Elegía a mi patria” al regresar a España. Maestro de humanidades, es autor del famoso vocabulario latino-castellano, diccionario que durante siglos han utilizado los latinistas de España y América, y de gramáticas latina, griega y hebrea, estas dos últimas perdidas. Historiador latino, relata en su elegante prosa la conquista de Navarra por el rey Católico, y busca las razones que la justificaban. Espíritu universal, trata de teología en las “Quincuagenas”, de Derecho en “Lexicon iuris civilis”, de Arqueología, estudiando el circo y naumaquia de Lérica, de



ciencias naturales, editando a Dioscórides, de cosmografía, midiendo por primera vez un grado de meridiano terrestre, de pedagogía en "De pueris educandis" propugnando la educación humanística, de filosofía en sus ediciones de fragmentos de filósofos, sin contar sus comentarios y ediciones de Virgilio, Cicerón, Quintiliano, Aulo Persio, Prudencio y Terencio.

Fue maestro en la juvenil Universidad Complutense, creada con el espíritu humanístico y primer hogar en toda Europa de la nueva cultura. Erasmo escribía que no Compluto, sino Pampluto debía llamarse por ser sede de toda ciencia. Hija de una figura extraordinaria, que no se ha estudiado como merece, del cardenal Jiménez de Cisneros el asceta-mecenas. El franciscano pronto a toda mortificación es a la vez uno de los más grandes políticos del Renacimiento y uno de sus más grandes mecenas. Singular carácter, antiguo y moderno juntamente. De su círculo sale el movimiento hispanista español, cuya importancia ha puesto de relieve de modo magistral el ilustre hispanista Marcel Bataillon en un libro reciente. De su influencia, la primera Universidad con cátedra de humanidades, y la obra portentosa de la Biblia Políglota, primera edición crítica de las Escrituras, resultado de colaboradores insignes, helenistas, latinistas y hebraizantes, entre ellos el propio Nebrija. Su muerte impidió la edición íntegra y versión castellana de Aristóteles que empezó a realizar el humanista Vergara, de familia de hombres y mujeres de letras.

En la serie de notables humanistas que decoran el Renacimiento en España, he aquí algunos: Fernán Pérez de Guzmán, conocido por el Comendador griego, padre de los estudios helenistas en España, profesor en Alcalá, comentarista de Séneca, Plinio, Pomponio Lula y San Basilio; Diego Hurtado de Mendoza, el "español perfecto del siglo XVI" según Pedro Henríquez Ureña, diplomático, historiador y mecenas; Francisco Sánchez de las Brozas, "blasón de España en la Universidad de Salamanca" (Quevedo), el humanista-luchador, cuyo libro "Minerva" sobre la lengua latina fue uno de los más difundidos y editados en Europa hasta fines del siglo XVIII. Espíritu independiente, sirvió a la

verdad con voluntad inquebrantable. Confesaba tener por malo seguir a los maestros, "porque para que uno sepa es necesario no creerles sino ver lo que dicen". Juan Ginés de Sepúlveda, el humanista ciceroniano, filósofo, historiador, anticuario y publicista, cuya larga vida le permitió realizar extensa obra. Pedro Simón Abril, traductor de Aristóteles, gramático insigne. Benito Arias Montano, hebraísta incomparable, editor de la "Bitha Regia" en Amberes con la colaboración de insignes humanistas de toda Europa y cuyos moderados y humanitarios consejos a Felipe II tanto influyeron en la remoción del Duque de Alba en el gobierno de Flandes. Pedro de Valencia, su discípulo, crítico filosófico de singular finura.

Y con ellos Pedro Núñez Vela, Gracián de Alderete —el amigo de Santa Teresa—, Juan de Mallara, Pedro Juan Núñez...

Quevedo podía vanagloriarse en su "España defendida" de la excelencia de los estudios humanísticos en España, a los cuales el mejor homenaje fue rendido por el paciente y admirable Nicolás Antonio cuando en su vasta "Bibliotheca hispano-nova", en las postrimerías del siglo XVII, escribió el catálogo de las letras españolas dando a los humanistas el rango que merecen y que la posteridad no puede olvidar sin injusticia.

JOSE PRAT

